

al *Cabanon*, ordene que lleven allí a Hubert y cite usted a los médicos forenses...

—Y usted me promete...

—Revelarle el nombre del asesino del señor de Lavar-dens.

## CAPITULO XIX

### EL ASESINO

AL día siguiente, por la mañana, conforme a los deseos del señor Rouletabille, el Juzgado acudió al *Cabanon* con Hubert. Mientras se aguardó al repórter, sometió el señor Crousillat al presunto reo a un nuevo y minucioso interrogatorio. Tuvo la satisfacción de ver palidecer a Hubert en cuanto le mencionó el cuchillo de forma de puñal; pero en cuanto supo éste que el arma no parecía por ninguna parte, quedó tranquilo. Su cambio de actitud fué de tal modo visible, que el juez se mordió los labios y lamentó no haber dicho antes al presunto culpable que no se había hallado el arma del crimen. «Acabo de hacer una gran tontería, que seguramente no hubiera cometido Rouletabille», se dijo. En todo caso, sintió que el repórter no hubiera llegado y asistido a las primeras fluctuaciones de Hubert.

Por fin se le avisó que Rouletabille había llegado con los forenses, y le esperaba en el parque del *Viei-Caston-*

*Nou*, y en el mismo sitio donde se halló el cadáver del señor de Lavardens.

El señor Crousillat, seguido de lejos por el señor Bartholasse, que iba sin cesar refunfuñando contra las exigencias de Rouletabille y las complacencias del juez, acudió más que de prisa. Al fondo podía verse a los gendarmes, que traían a Hubert.

—Bueno, pues—preguntó el señor Crousillat apenas atisbó de lejos al periodista...

—Pues bien: estos señores exponen en su informe...

—No se trata del informe de estos señores, que nada nuevo nos pueden aportar. Su informe no puede evitar que el señor Lavardens haya sido asesinado...

—¡Perdón, señor juez! Estos señores deducen que el señor de Lavardens murió de un ataque cardíaco...

—¡De un ataque cardíaco!... señores...—exclamó el juez paseando la mirada por estos señores y Rouletabille—; pero ¿cómo explican ustedes la herida en las sienes?...

—Esa herida no deshace—respondió uno de los médicos—que el señor Lavardens muriera de un ataque cardíaco...

—Sí, comprendo—repuso el señor Crousillat, que hacía enormes esfuerzos intelectuales para conciliar la idea del asesinato con las conclusiones de los médicos—. Sí, comprendo. El raptor de la señorita Odette atacó e hirió al señor de Lavardens. La emoción mató a éste, y el asesino transportó el cadáver aquí.

Y encarándose con Hubert, agregó:

—El asesino debió de tener sus motivos para no dejar el cuerpo del señor de Lavardens en la finca del señor Hubert.

—No, señor juez, no acierta usted—expuso Rouletabille—; y voy a decirle cómo ocurrió la cosa.

Rouletabille estaba con la cabeza descubierta, y habló como transportado por la inspiración. Su palabra precisa y segura, sin un titubeo, no delataba la improvisación del relato, sino que *vela* lo que iba diciendo. Todo el drama se desarrollaba ante él, como si lo hubiera presenciado.

—Cuando el inculpado—empezó diciendo—arrojó de su casa al señor de Lavardens después de la escena brutal que nos contó, el señor de Lavardens fué a chocar contra la balastrada de la gradería exterior de la casa del señor Hubert, la bajó y dió unos pasos.

Ya debió de sentirse indispuerto, pues se paró, apoyándose en el muro antes de entrar en su casa por el postigo.

En fin, recogiendo sus fuerzas, echó a andar hacia el *Viei-Caston-Nou*. No quiso llamar. Sólo le preocupaba, al parecer, evitar todo escándalo. Sin embargo, al atravesar su parque, recordó que se había olvidado de cerrar el postigo, en cuya cerradura dejó puesta la llave. A pesar de que se sentía desfallecer, tuvo el valor de volver sobre sus pasos (Rouletabille con el gesto fué indicando el camino que recorrió el señor de Lavardens)...

Próximo ya a ese árbol, su corazón se paró, y el señor de Lavardens cayó desplomado, y entonces... intervino el asesino...

Le dije a usted, señor juez, *que el asesino era delgado como un clavo*. Aquí lo tiene usted.

Y Rouletabille, quitando su gorra de un clavo incrustado en el árbol, y del cual la había colgado, mostró al culpable.

—El señor Lavardens, al caer, dió contra el clavo, que le desgarró brutalmente la sien. ¡Así fué asesinado el señor de Lavardens!

Ya estaban el señor Crousillat y los forenses al pie del árbol, examinando «el arma del crimen». Rouletabille, al mismo tiempo, les fué mostrando vestigios de sangre en el tronco contiguos al clavo:

—Un atento examen les hará ver qué herrumbre cubre el clavo.

Se llamó al tío Javán, que a la sazón pasaba por allí, atisbándolo todo por el rabillo del ojo; le pidieron los alicates, y la indagación se enriqueció con la mejor pieza de convicción. Ya no era posible dudar desde este momento (y los forenses proclamaban en alta voz su parecer) que el suceso ocurrió tal y como acababa de contarle Rouletabille.

—Pues bien—exclamó el señor Bartholasse—; nos ha tomado el pelo.

—¿Quién?—preguntó el señor Crousillat enjugándose la frente.

—Pues ¿quién ha de ser? Su Rouletabille—contestó el escribano—. *Si sabía que el clavo era el culpable, ¿por qué no nos lo dijo antes?*

—Exacto—expuso acorde el señor Crousillat encarándose con el repórter—. No merece usted perdón. Y era ocioso detener a este señor (agregó señalando a Hubert) si usted sabía que era inocente.

—Preste usted servicios a la justicia—replicó riéndose Rouletabille—, y verá cómo se lo pagan. Pero, mi querido señor Crousillat, usted olvida una cosa: usted olvida que mientras el señor de Lavardens estaba en casa del señor Hubert, se verificaba el rapto de la señorita Odette y quise saber si Hubert, inocente del asesinato del señor Lavardens, era o no cómplice del rapto de su hija. Convenía que sobre todos los que pudieran decir algo sobre el rapto de la señorita Odette pesase la amenaza de la inculpación del *asesinato* del señor de Lavardens, no sólo sobre Hubert, sino sobre los bohemios, sobre Andrés, sobre Calixta y hasta... sobre el tío Javán, aquí presente, y del cual supuse que sabía más cosas que larga es su nariz, que no se queda corta...

Hubert, que había presenciado sin abrir la boca esta escena, interrumpió la risa que le desencadenaron las últimas palabras de Rouletabille.

—Y ahora, señores, ¿qué van ustedes a hacer de mí?

—Pero, *mi querido señor Hubert*—dijo el repórter—, se le va a poner en libertad...

El escribano dió un brinco:

—Ya es el colmo.

El señor Crousillat lanzó sobre el señor Bartholasse severa mirada:

—¿Qué quiere usted que hagamos ahora, señor Bartholasse? Creo que, a pesar de ser periodista, el renombrado Rouletabille acaba de exponer una solución que me parece bastante justa.

—En todo caso—replicó el escribano ya fuera de sí—, que se ponga o no en libertad al acusado, no le compete. Y si usted, señor juez, me honrase pidiendo mi parecer, de rondón le diría que no soltaría al señor de Lauriac sin que antes apareciera su cuchillo apuñalado.

—Si sólo eso falta para dejar satisfecho a usted, le voy a decir dónde está ese cuchillo.

Hubert no se quedó rezagado al seguir a Rouletabille, que con un gesto arrastró tras sí a aquel tropel hacia *Lou Cabanon*. Aquel apresuramiento no pasó inadvertido para el periodista. Cuando el grupo quedó reunido en el despacho en que se desarrolló la escena inicial de este drama, Rouletabille expuso al juez:

—Vea usted el inconveniente, señor Crousillat, de no dejarse guiar siempre y en todo por el *buen sentido*. ¿Qué hizo usted? Partiendo de la idea preconcebida del asesinato, usted buscó este cuchillo por todos los sitios a los que pudo el señor Lauriac arrojarlo una vez cometido el crimen, y sus pesquisas resultaron infructuosas. Por el contrario, si usted se hubiera dejado conducir

por el *buen sentido*, éste le hubiera al punto llevado al sitio donde normalmente suele estar el cuchillo. Porque a la postre, ¿cuál es la función *normal* de un cortapapeles? Pues... cortar papel, descasar páginas... Y ¿cuál es normalmente su sitio? De no hallarse sobre la mesa del despacho, ha de estar entre las páginas de un libro. Señor Bartholasse, queda usted satisfecho... Aquí tiene usted el terrible cortapapeles.

Y Rouletabille, abriendo un enorme libro, la joya de la biblioteca de Hubert a pesar del saqueo sufrido, desprendió de sus páginas aquel objeto tan buscado.

—Como ve usted—dijo al juez alargándole el cuchillo—, no tiene manchas de sangre... *ni de sangre ni de tinta*. Vaya, vaya usted, señor juez; firme la libertad del señor de Lauriac. ¡El señor Hubert es inocente! Por lo demás, no le puede usted achacar nada. ¡Prolongar su detención sería un acto completamente arbitrario!

No tuvo necesidad de insistir el repórter. Minutos después Hubert recuperaba la libertad.

—Ha tenido usted la suerte de que encontrase el cortapapeles, señor de Lauriac—le dijo Rouletabille—. Ha de convenir usted en que le he conseguido realmente no poco *alivio*. Porque a la postre, si usted hubiera sabido dónde estaba, lo hubiera enseñado, ya que no se utilizó. Pero ¿está usted seguro de que no se utilizó?

Hubert le lanzó terrible mirada.

—Señor—le dijo con voz apagada—, le debo, es cierto, mi libertad; pero permítame que no se lo agradezca,

pues a usted debí también mi detención. Es todo lo que tengo que decirle por hoy; no dude que más adelante nos veremos.

—Hasta luego—le espetó Rouletabille.  
Pero ya el otro iba lejos.

## CAPITULO XX

CONTINÚA HABLANDO EL LIBRO DE LOS ANTEPASADOS

**D**ICE el cuaderno de Rouletabille con fecha de hoy: Encontré a Juan, que acababa de enterarse de que puse en libertad a Hubert. No esperaba que me felicitase; pero, la verdad, no me ha reñido.

—Te preocupas de ese animal y entretanto ni siquiera te preguntas qué es de Odette.

—A propósito de Odette—le dije—, ¿sabes con certeza que no tenía señal alguna en la espalda?

Ante esta pregunta reveló el mismo asombro que Estefanía, y como *no puedo* explicarle ahora por qué se lo pregunto, me recrimina con nueva amargura mi manera de proceder desde mi llegada a Camargue. Extrañas sospechas le suben al cerebro.

—¿No quieres, pues, que se la encuentre?—exclamó.

Me dejó de tal modo azorado esta «salida», que no supe de pronto qué responderle. Decididamente va a ser muy difícil continuar trabajando con este joven. Pasa el

tiempo abrazándome o maldiciéndome, y así se adelanta poco. Le suplico que precise su pensamiento y ya de una vez me diga qué abriga en su corazón; pero él se zafa, diciendo:

—Puesto que sabes con entera certeza que ha sido raptada por los bohemios, ¿por qué no das sus señas a la policía? Me explico que no te acojas a este tonto de Crousillat; pero en Francia no falta gente que pueda ayudarnos en la empresa de encontrarla.

—Cierto—le digo—: la aduana.

—¿La aduana?

—Sí, hombre, sí; la aduana. Sé con entera seguridad que los bohemios lo intentarán todo para que Odette salve la frontera.

—¿Entonces?

—Pues como amigo íntimo de un elevado funcionario de la Administración Central, le he suplicado que por teléfono comunique órdenes al efecto, recomendándole que se lleven a cabo estas órdenes con la mayor discreción, a fin de que en lo posible los bohemios no recelen...

—Por primera vez me tranquilizas un poco, Rouletabille.

—De modo que ha cuatro días se detiene en la frontera todas las carretas que intentan pasar...

—¿Y nada se ha hallado?

—Ni se hallará.

—¡Ah! Ya, ya te reconozco... Pero, cabeza a pájaros,

entonces, ¿por qué has obligado a dar esas órdenes?

—Para satisfacer tu capricho; para poder responderte algo siempre que me acuses de que nada hago por hallar a Odette... y para que nada puedan reprocharme los imbéciles.

—Gracias—contestó Juan.

—No hay de qué; ahora es menester que comprendas que no se halla a Odette precisamente, y la razón es bien sencilla: porque los bohemios *no la ocultan*. Si no han leído a Edgard Poë, por lo menos son tan agudos como el autor de la *Carta robada*, de la carta buscada por todas partes cuando estaba ante los ojos de todos. Con unos cuantos oropeles, unas medallas en la frente y unos enormes aretes en las orejas, Odette tendrá todo el aspecto de verdadera gitana sin despertar el recelo de nadie.

—Pero, en fin... le bastará gritar... hacer un gesto...

—Ni gritará ni se moverá; *dormirá* o por lo menos dormitará o soñará... quizás en ti, Juan, pues has de saber que estas gentes disponen de todos los maleficios que adormecen la voluntad, de todos los bálsamos que calman el dolor. Empleados de la aduana y gendarmes no verán a Odette en Lavardens, verán una gitana que quizás les sonría.

—Pero esto es más espantoso que todo lo que me has dicho hasta ahora... ¡Ya no veré, pues, más a Odette!

—Sí, ¡la volverás a ver! Pero es menester, Juan, que me dejes obrar.

En las primeras horas de la tarde de este mismo día, Juan no se había aún despegado de Rouletabille, pues vemos a los dos amigos en Arlés a la zaga de los pasos de Hubert, pasos que fueron espiando desde que Hubert salió de la cárcel. Este, primero, se entrevistó con *Lou Rousso Fiamo*, que ya le estaba esperando y con el cual charló largo rato en un figón cerca del foro. Rouletabille pudo oír las últimas palabras que Hubert dirigió a su antiguo mayoral antes de despedirse: «Cuento contigo», y a las que contestó el criado con un gesto de conformidad absoluta. Luego aquél recorrió no pocos puestos de periódicos, atiborrándose de los principales números aparecidos desde su arresto.

Con este lastre tomó inmediatamente el camino de Lavardens, y llegado a *Lou Cabanon*, saltó la cerca con las prisas de entrar en su casa y corrió a encerrarse en su despacho.

Ya Rouletabille no le seguía.

—Ven—expuso Juan—; no hay que distraer a este mozo de la lectura de la prensa.

—Realmente—dijo Juan—tienen para él interés muy inmediato.

—Y excelente señal...

—¿Por qué excelente señal?

—Cáspita; desde el momento que arde en deseos de saber *qué ha sido de Odette* mientras él estuvo encarcelado, cabe suponer que lo ignora... y si lo ignora se puede aventurar que no ha sido cómplice.

—Es raro cómo te inclinas a defender la inocencia de ese modo—expuso Juan.

—¡Oh! ¡No corras! Ya te diré definitivamente esta tarde lo que de él pienso...

Con esta plática llegaron a una pequeña cervecería a dos pasos de la estación de Arlés Trinquet. Rouletabille invitó a Juan a entrar. Sacó del bolsillo la petaca y dijo:

—Y ahora podemos fumar tranquilamente.

—¿Pero qué vamos a esperar aquí?

—Noticias de Hubert.

Dos horas después seguían esperando... Rouletabille, fumada por tercera vez la pipa, quedó dormido apaciblemente. Juan salió a la calle tres veces y tres veces volvió. Estaba colmado de impaciencia y desesperación. Por fin surgió una silueta entre el polvo de la carretera. Rouletabille abrió inmediatamente los ojos como si el instinto le advirtiera que ya estaba allí lo que esperaba.

Tenía delante al tío Javán.

El repórter con un gesto le dijo que podía hablar ante la presencia de Juan.

—Pues bien—dijo el tío Javán—, se fué.

—Cuéntamelo detalladamente.

—No es muy largo de contar. No estuvo en su casa más allá de dos horas. Salió el criado y a poco volvió con un auto pequeño y entró a avisarle; vi entonces que nuestro hombre apareció con un saco, en que puso sin duda algunos efectos, saltó al auto y se largó a todo correr.

—¿No indagaste nada del criado?

—Sí, vaya qué supe. Si en ocho días no volvía nuestro hombre, tenían orden de cerrar la casa y darle la llave a *Lou Rouso Fiamo*,

—¿Y nada más?

—Nada más.

Rouletabille sacó de la cartera un billete y se lo dió a tío Javan, que, deshaciéndose en carantoñas, se marchó.

—Bien adiestrada tienes a tu policía—dijo Juan—; pero ¿dónde vas a ir con Hubert? Seguramente va ya siguiendo la pista de Odette; ¿vamos a consentir que la alcance antes que nosotros?

Al decir esto, no se daba punto de reposo y, como de costumbre, la impasibilidad de Rouletabille le exasperaba hasta el delirio. El periodista encendió la pipa:

—Dices que seguramente va ya tras las huellas de Odette; pero yo no estoy tan seguro de ello. Ya hablaremos de nuevo esta tarde... Mientras... entremos..

—¿En dónde?

—En *Viei-Caston-Nou*. Dejemos ya por ahora de molestar a Hubert; si nos creyera tan cerca, de seguro no se va.

—¿Por qué?

—Por el temor de que le siguiéramos.

—Entonces ¿le crees cómplice?

—Te digo que no sé nada.

Aquella noche, a la hora de la cena, Rouletabille entró en la finca de Hubert por el camino que tan bien cono-

cia. Vana esperanza fué que los criados abandonasen *Lou Cabanon*; antes bien, aprovechándose de la ausencia del dueño y sin duda para festejar su libertad, estaban dando un banquete de gala a la chusma de criados de los alrededores: «Cuando el gato anda lejos, danzan los ratones.» Rouletabille, aunque no lo creyera Juan de Sautierne, tenía prisa, mucha prisa... de saber lo que le importaba saber. A pesar del bullicio de la fiesta que le trascendía de la cocina, se arriesgó y tuvo la fortuna de verse en el despacho de Hubert sin haber distraído de su francachela a aquella turba de criados.

Cerca del despacho de Hubert vió un diario, entre otros muchos, tirado por el suelo y muy sobado. Rouletabille lo recogió. Rebosaban sus páginas relatos del drama de Lavardens, y leyó en una de ellas las siguientes líneas con que terminaba un despacho expedido desde Arlés por un corresponsal:

«Los dos susodichos bohemios no titubearon en confesar que eran los autores del rapto de la señorita Odette de Lavardens, pero se negaron con energía a indicar el punto en que continúa secuestrada la infeliz joven. Calixta declaró que así se ha vengado de la traición, como ella lo llama, de su amante señor J. de S.»

Rouletabille tiró el diario, fué veloz al escritorio, remiró la estantería y vió que *el Libro de los Antepasados había desaparecido*.

Lanzó un profundo suspiro, intensa alegría encendió al parecer toda su persona; y sin precaución alguna



abandonó aquella casa, de tal modo, que todos advirtieron su salida y los criados echaron a correr tras él con escandalosa gritería.

Como les llevaba ventaja, saltó el muro, pero esta vez con mala fortuna, pues le atrapó una zarpa:

—¿Adónde diablo corre usted?

Era el corpulento señor Crousillat, que, descansando de sus tareas excepcionales, estaba pescando con caña.

—En persecución de Hubert.

—¿Así, pues, es culpable?

—No; ¡pero lo será!

Y de un brinco reanudó la carrera, llegó por un atajo al *Viei-Caston-Nou* y al topar con Juan le dijo:

—Querido, no sólo Hubert no es culpable, como tenía por seguro; pero ni siquiera cómplice, como yo recelaba. ¡Ah! esto simplifica mucho nuestra tarea... Afortunadamente, *el libro ha hablado*.

—¿Qué libro?

—¡Ah! sí, que tú no lo sabes. Pero ahora sería muy largo referírtelo. Te lo contaré más tarde.

—Y ahora ¿dónde vas con tales prisas?

—A reflexionar.

## CAPITULO XXI

JUAN CONTRA «EL PULPO»

EL juez señor Crousillat y el secretario señor Bartholasse se personaron aquella tarde (la tarde siguiente a la liberación de Hubert) en la cárcel, en que provisionalmente estaban detenidos los bohemios, y a los cuales se les sometió en las primeras horas a nuevo interrogatorio, esta vez totalmente infructuoso, pues se negaron a responder hasta a las preguntas más insignificantes. El señor Crousillat pidió una entrevista al director de la cárcel.

Echaba lumbre; la prensa le trataba mal. Los diarios de la mañana se befaban de su persona. Todo el mundo reía a expensas suyas por la historia del clavo asesino, presentada como un nuevo triunfo de Rouletabille. No podía salir honrosamente de este maldito negocio sin desquitarse con Odette, esto es, sin descubrir cuanto antes el paradero de la señorita de Lavardens. Al enfren-